

11 Nuevo Mundo, Madrid.
19 Julio 1918

5-286



[Recogido en "de este y de aquellos", tomo I



19 Julio 1918

Madrid

NUEVO MUNDO

El demonio de la política ó la tragedia de Cánovas del Castillo

«¡Malhayan las historias
testigos del honor de otras edades!
¡Sus héroes y victorias,
sus campos y ciudades,
que hoy son vergüenzas porque fueron glorias!»
(CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Ilusiones y desengaños*.)

Esto, y así, en verso, lo decía á Italia aquel terrible pesimista que fué Antonio Cánovas del Castillo, cuando á sus veinte años, siendo estudiante de Jurisprudencia, podía aplicársele lo que él de sí mismo dijo más tarde al decir: «En cuanto á mí, el demonio de la política, que ha quebrado las más espontáneas y decididas aficiones de mi vida, sedújome muy pronto, casi adolescente...» (*El Solitario y su tiempo*, capítulo XV.)

En esa época en que Cánovas maldecía las victorias históricas, que hoy son vergüenzas porque fueron glorias, luchaban ya en él, adolescente, el demonio de la política, «el ciego y exclusivo afán con que únicamente cabe obtener, más temprano ó más tarde, las tristes satisfacciones de la ambición política» (l. c., cap. I), y el ansia de gloria literaria, ansia que no satisfizo á su talento y sabor.

«Los pocos ó muchos que se hayan tomado la pena de seguir los pasos de mi poco fructuosa carrera literaria...», escribía melancólicamente en el capítulo XII de esa piadosa biografía de su tío *el Solitario*, D. Serafín Estébanez Calderón, el único hombre de quien confesaba haber recibido protección y auxilio, debiéndoselo todo lo demás á sí mismo tan sólo. ¡Y lo que hubiera dado él, Cánovas del Castillo, aquel á quien la chusma de politiqueros de carrera que se le agarró de los faldones de la levita, llamó *el Monstruo*; lo que habría dado él, *el Monstruo*, que sentía la monstruosidad de su aislamiento entre tales mendigos de ministerios y altos (!!!) cargos; lo que habría dado por cambiar su gloria con la del *Solitario*, su tío!

Como el maligno bibliopirata D. Bartolomé José Gallardo hubiese dicho que llamaba á Estébanez Calderón — *Aljamí Malagón Farfalla*, según mote que le puso — con el aumentativo de *Malagón*, como escritorazo que era de Málaga, para distinguirlo de otro escritorcillo malagueño principiante, llamado Cánovas, sobrino de don Serafín, ¡que iba á ser otro tío!, el escritorcillo éste, ó sea Cánovas, exclamaba: «¡ojalá que lo que me dijo se hubiera cumplido! Harto más satisfecho, en tal caso, estaría que está de mí mismo» (ca-

pítulo XIII). ¡Harto más satisfecho habría quedado de sí mismo *el Monstruo* de la política española de la Restauración, si, en vez de eso, hubiera logrado ser un *Solitario* de la literatura patria, un escritor de regocijantes escenas andaluzas siquiera, como lo fué su tío! ¡Pero «el demonio de la política» y «el ciego y exclusivo afán con que únicamente cabe obtener, más temprano ó más tarde, las tristes satisfacciones de la ambición política...!»



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SUALES



En otro pasaje de la misma obra (cap. VIII), hablándonos del general D. Luis Fernández de Córdova, nos dice que para político «no le faltaba personalmente sino lo que sobra en otros por lo general: una resuelta y tenaz ambición», ya que buscaba «antes el merecimiento ó la gloria pura, que no la posesión y conservación del fruto que de ella se podía derivar». Y por cierto antes, en el capítulo VII, hablando del mismo general Córdova y de Zumalacárrregui, nos dice que «si hubiese experiencia en los pueblos y fueran los odios políticos capaces de prudencia, por dondequiera debería andar esculpida en mármol, para eterna lección, la historia del peligro sumo que hizo correr á la causa liberal española, en los comienzos del reinado de Isabel II, la poca justicia con que los dos más peligrosos hombres de la época se vieron sucesivamente tratados».

¿Creyó él, acaso, Cánovas del Castillo, en su fuero interno, que el público literario, el que ama la poesía, amor «que, cuando se cultiva desde la primera edad, aun brindando con menos éxito que otras materias, se suele gustar más de ella que de ninguna, y preferirla interiormente á todas» (cap. III); creyó, en su fuero interno, decimos, que ese público le trató con poca justicia, con tan poca como el otro, el que él conocía mejor, tratará á Córdova y á Zumalacárrregui? ¿No había, acaso, una cierta desesperación íntima en la carrera política de Cánovas, y no explica esa desesperación sus ideas sobre «esta cansada y enferma España», como la llamó (capítulo XII)?

«Dulce, incomparable refugio el de los libros!», exclama (capítulo XI) Cánovas del Castillo en ese libro que, apareciendo como una biografía de su tío, *el Solitario*, es, en realidad, y en una gran parte de él, un discreto libro de *Confesiones*.

Y este hombre, que, previendo que la gloria que él anhelaba, la literaria y no la política, se le iba, escribió en sus *Reminiscencias* aquello de:

«Triste es, pues, y seguro que la
ó el torraón roquero, [gloria
el árbol recio ó la mujer más bella
todo sucumbe al tiempo];

este solitario, en la monstruosidad de la política española, albergue de filisteos y de beocios, sucumbió, cuando iba á llegar á los setenta, á manos de otro desesperado de la gloria también. Porque tal era Angiolillo; lo sabemos muy bien y de persona que le trató mucho. El anhelo de gloria, de nombre, y de una gloria en cierto modo teatral y literaria, era devorador en el matador de Cánovas del Castillo, el cual llevaba en su ardiente y perturbada fantasía la figura de Bruto, pero de Bruto el de la tragedia de Alfieri. Angiolillo vió en Cánovas, en el *Monstruo*, en aquel desesperado de la gloria literaria, en el que hubiese querido ser otro, como su tío, antes que presidente del Consejo de ministros, un tirano alfiereesco. En el fondo, el verdugo y la víctima padecían la misma dolencia. Y, en rigor, un mismo demonio arrastró á la muerte á ambos. Que tan demonio es cuando ejerce de conservador como cuando se hace anarquista y asesino.

Miguel de Unamuno



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

CREDOS.USAL.ES